

yo te diga junto a mi barca que te quiero, *Cantora*. Venir a que te cure los cardenales del chicote. Venir porque es noche de fiesta y no vamos a pasarla uno lejos del otro. ¿No dices que me quieres mucho? Aquí estaré en cuanto que cierre la noche. No me digas si has de venir tarde o temprano. Yo junto a la barca me estoy.

Y cogiéndola amorosamente por las muñecas, murmura:

—¿Vendrás?

—¡Vendré!...—responde ella.

Y arrancándose de las manos de Güiro, sale corriendo por las rocas.

Al llegar a la última, vuelve el rostro hacia el pescador, sonrío y sigue andando muy despacio.

El la ve ir. Con las manos apoyadas en la cintura la mira alejarse; y canta, enviando hacia ella las notas del cantar:

Caminando va la luna
entre nubes por el cielo.
Marinera de mis ojos
¡qué noche para querernos!

El ¡ju juy...! celta se pierde en la atmósfera como un grito de amor.



CAPITULO X

MENESTER fueron las muchas razones aducidas por Pepe para que doña Mercedes se decidiera a aceptar la invitación de Alberto.

Pepe, primo carnal de las muchachas, debía acompañarlos. No era delito comer en mitad de una playa, al aire libre y en compañía de personas por su educación y entendimiento incapaces de ninguna acción reprobable.

A más que Pepe iba con ellas. A no estar enfermucho uno de los niños, y la mujer de Pepe a su cuidado, hubiera ido la mujer de Pepe

también. A ella como a ésta dábasele muy poco del qué dirán aldeanesco.

Así y todo, mientras aguardaban a su primo que debía llegar en su busca para escoltarlas a la playa, algunos reparos puso doña Mercedes, no por el hecho en sí, que carecía de importancia, por el efecto que en el señorío pudiera causar y por las consecuencias que a ellas, obligadas a depender de todo el mundo, les pudiera traer.

—¿Consecuencias? ¿Cuáles?—dice Julia.—¿Por ventura vendrían ellos a ayudarnos si la miseria concluyera con nosotras la obra que empezó? Sabes que sus favores para con nosotras, llegan hasta donde a su negocio conviene. De ahí no pasaron nunca.

—Y nunca pasarán—añade la otra hermana.— Acuérdate, madre, que cuando necesitastes aquellos dineros para mi enfermedad, sólo te los dieron previa la hipoteca de uno de los prados.

—Que perdimos—continúa la ma-

dre—porque llegó el día del pago y no quisieron aguantar.

—Ya ves. ¿Qué temer entonces?

—sigue Julia.—¿Que en desquite de la lección que hoy han recibido por la boca de Alberto, nos quiten la parroquia? ¡Si de la suya viviéramos, lucidas íbamos a andar! Ellas, las ricas, sólo se acuerdan de nosotras para los arreglos; la ropa nueva la hacen en Madrid.

—Y las no ricas—continúa Dolores;—aquí han de hacérsela; y aquí no hay más costureras que nosotras. Luego, que si algo nos produce el oficio es por los encargos de la tienda de Santander.

—¿Y las críticas?

—Las críticas ¿de quién? ¿De los que sólo se acuerdan de nosotras para mortificarnos? ¡Bah! Cuando llama a nuestra puerta el dolor ¿vienen ellos a consolarnos? Hoy que la alegría nos busca ¿la vamos a huir por temor de los juicios suyos? Ríete de los juicios y déjanos reir a nosotras. ¡Déjanos dos horas de felicidad respirando aire puro, viendo

y oyendo cosas bellas, ensanchando el alma!

Julia respira ancho como si pidiera al aire suave y dulce que anda por el jardín anticipos de felicidad.

—Sea, pues que así lo queréis— termina bondadosamente doña Mercedes.

Y apoyándose en el brazo de Pepe, que llega en su busca, se encaminan al embarcadero inmediato, donde está el bote que ha de conducirlos.

Saltando alegres por la arena que el sol, próximo a su poniente, tiñe con reflejos de púrpura, van las dos muchachas. Buscan los ojos suyos a los convidadores y ya les echan sus juicios mala fama, cuando Alberto y Enrique asoman por la puerta del jardín, acompañados del indispensable Gundemaro.

—¡Ah, perezosos!... ¡perezosos!— les grita Dolores.

—Perezosos no — responde Enrique,—que estábamos ocupándonos en la cena. Aparte del arroz, que estará, como de la tía Gaspara, tendremos pescado recién salido de las barcas.

—¿Vé usted— agrega Alberto dirigiéndose a doña Mercedes y señalando a los límites del Cantábrico — aquellos puntos blancos, chiquitines, muy chiquitines? Son las lanchas de provisión. Tardarán un poco en llegar, pero merece la pena de aguardarlas.

—Después de todo, prisa no hay— le contesta doña Mercedes, tomando asiento en una roca.

Gundemaro avanza hacia el grupo y, con la solemne entonación que nunca le abandona, exclama, pasando antes la lengua por el lacio bigote:

—También pondremos unas chuletas de cordero lechal. Tiernas serán como bizcocho. En el patio ví, ha una hora escasa, al corderillo. Dormido estaba ante el cuchillo del sacrificador. Cordero pascual parecía.

—Y de pascua será la noche— dice Alberto poniendo los ojos en Julia. Pascua de arte, de placer y de poesía. Algo de aquellas fiestas en honor de Pan que los poetas de la Grecia describen.

—Si quieren ustedes,—interrumpe Pepe,—Gundemaro se las explicará ce por be. Son de su repertorio.

—No hace falta la explicación,— responde Julia sonriendo.—Entre los libros de mi padre, que por mala encuadernación rechazaron los mercaderes cuando él vendió la biblioteca, hay algunos que hablan de esas fiestas, y yo los hojeé. A ser como los poetas griegos las pintan, eran encantadoras. Y eso que hice en traducciones la lectura. Mi sabiduría no llega al griego.

Al decir esto, ignora que el alma griega y con ella la deliciosa hambre de vivir y gozar, emergen de su cuerpo airoso, de sus brazos desnudos, de sus ojos azules, de su boca entreabierta, de sus cabellos que se arremolinan, acariciados por la brisa, en torno de sus sienes y en los remates de su nuca.

—Y esta noche — afirma Enrique prosiguiendo la conversación,—ni la música ha de faltarnos. No soy precisamente el Dios Pan; no es mi violín el mitológico caramillo; pero yo

le haré hablar de amores. Veremos si alguna ninfa piadosa acude a su reclamo.

—¡Ya lo creo que acudirá!...

A la broma de Pepe, enrojécese Dolores, mientras Gundemaro, un orador de pura academia, estira los puños, lleva la cabeza hacia atrás y prorrumpe con énfasis en esta perorata:

—Fiesta de arte, creada con sonos músicos. Bella será ella, a no dudarlo. Pero hubiérala preferido allá en la iglesia románica, cerca del órgano vetusto, a la ténue luz de las lámparas siglotreceñas. En la iglesia, entre las tumbas de los héroes cántabros, hubieran evocado los dedos génicos de Enrique, el recuerdo, el alma musical de aquellos inmortales maestros que llamaron en vida terrena Peñalosa, Diego de Contreras, Juan de Anchieta, Alonso del Castillo... ¡Hermoso espectáculo!...

—¡Muy hermoso! — interrumpie Pepe, riendo a carcajadas.—¡Y más hermoso todavía ¿no es así, Gundemaro? que a los sonos músicos salta-

ran de sus tumbas los abades con sus mitras, las vírgenes con sus velos albos, las monjas con sus tocas, los reyes con sus coronas, los caballeros con sus armaduras...! Pero conven-gamos, ilustre arqueólogo, en que el espectáculo es algo macabro para damas y en que es más hermoso el de esta montaña y este mar y este cielo que habla con voces triunfa-doras al amor y a la vida. Y conste —dice Pepe, riendo más fuerte aún, —que el párrafo es improvisado.

—Y conste—añade Enrique—que el programa de la cena no es defini-tivo hasta que lo aprueben las seño-ras. ¡Conque andando! El cordero pascual aguarda el cuchillo del sa-crificador... En el kiosko que hay detrás de esas peñas lo previno todo Gaspara. Nada faltará. Allí, con las cuatro ventanas de par en par abier-tas, seremos envidia de curiosos a la luz poética de la luna. Ea, vamos; a ver si son de su gusto los prepa-rativos.

Enrique ofrece el brazo a doña Mercedes y todos se dirigen hacia

el jardín, de donde sale Pepona que estuvo ayudando a la Gaspara.

Camino va del pueblo para no perder el baile nocturno, más grato aun que el de por la tarde.

Los faroles de la aldea despiden poca luz.

En su viaje pasa por donde Güiro está calafateando su lancha.

—¿Vaste *pa* el lugar?—dice Güiro.

—Sí.

—Pues llégate a la mi casa y dile a madre que no me espere *pa* cenar. Aquí quedo arrematando el avío de la embarcación. Con el farolillo y con la luna arreglaréme bien. Toma-ré un bocado en casa la Gaspara y quizá que llegue a tiempo de echar un par de bailes.

—Adiós entonces—dice la Pepona.

Y sigue por la playa iluminada por los últimos reflejos del sol.





UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 3625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO XI

SOLA quedó la playa. Entre las espumas del mar se hunde el sol como un globo incendiado. Sangre parece el agua próxima al naufragio del astro. Un haz de rayos púrpura abre su abanico sobre el cielo; las nubecillas que entre los rayos flotan son llamas sueltas de una hoguera invisible.

Rápido es el crepúsculo. Un reflejo pálido, muriente, viene desde el ocaso, llenando la costa de melancólicas dulzuras. Los montes lejanos van perdiéndose entre brumas ópa-

lo; las verduras campesinas tornan grises sus azules y sus esmeraldas. Las aves pescadoras buscan el áspero nidial. En bandas van, agitando sus alas, prorrumpiendo en gritos quejumbrosos. Las barquías negrean por las cercanías de la barra; arrulla ésta su sueño con los cantares de la espuma; mueren suspirando las olas en la dorada arena, y en oriente, sobre un montecillo que baja verdeando hasta las anchuras del océano, cabecea la luna revistiéndose con gasas ténues para presidir el dulce misterio de la noche.

La brisa va y viene por los confines del espacio cuchicheando cantares soñolientos.

El astro de la noche aun no tiene fuerza para iluminar el paisaje, aun es gris su plata cuando perdieron ya sus aros los reflejos del sol. Por un instante la playa se envuelve en semisombras de bermejo matiz.

Las tres señoras y sus acompañantes salen del fondín dirigiéndose hacia las rocas tras las cuales álzase el kiosko.

—Ya traspasó la montaña la luna —dice Julia.

—En las almenas del castillo tocan los rayos suyos — responde Gundenmaro.

Y todos contemplan en silencio la ascensión del astro.

Lentamente camina. Su ancha caraza de alabastro parece sonreír a la tierra. Dijérase que aun entreduerme.

Ya remonta; ya se torna plata el ceniza gris de su disco; ya van sus marmóreos resplandores descendiendo a las praderías, esparciéndose por los valles, recortando el dibujo severo de la iglesia romántica, acusando los muros del castillejo añorante y temblón. Sobre las arenas de la playa son polvillo de nácar; sobre las aguas del Cantábri-co argentina lluvia. Señora se hizo la luna del paisaje. Todo queda envuelto por una luz suave de leyenda.

Cuantos componen el grupo dicen su palabra, su nota en el himno cantado por la naturaleza.

—¡Qué amorosa y qué blanca!

—murmura Alberto—luz de amor es sobre el verde de la montaña.

—¡Como un río dentro del mar —exclama Pepe—van sus rayos por entre las aguas azules.

—Ya vino la que preside nuestra fiesta.—dice Enrique.

—Con placer la recibimos todos —profiere Gundemaro.

—Todos — afirma dulcemente la madre. — Los jóvenes, porque ella les trae esperanzas. Los viejos, porque algún recuerdo nos trae.

—Han hecho bien — declara Pepe —han hecho muy bien esas necias no invitando a ustedes al baile; por méritos de su grosería, presenciamos este espectáculo que es sencillamente encantador.

Gundemaro, que ha dado vuelta a las peñas, grita entusiasmado:

—¿Qué encantador? ¡Sublime!... Miren ustedes, a la vuelta de este rocaje, cómo se hace la aldea marfil, bajo los azules del cielo.

Todos se encaminaron donde está Gundemaro. Julia lo hace también, cuando Alberto la detiene con ade-

mán de súplica y suspira bajo, muy bajo, casi en los oídos de la joven.

—No, no vaya usted, Julia. Déjeme ver la poesía de la luna en sus ojos.

—¿En mis ojos?

—En ellos y sobre esta roca que besarán las olas cuando la marea suba y toque a ellas.

Alberto conduce a Julia hasta la roca; la hace sentar en ella; toma asiento a su lado, y prosigue con la misma entonación de ansiedad y de súplica:

—¿Por qué no así, Julia, para soñar juntos?

—¡Soñar!...

Las dos figuras permanecían breves segundos silenciosas, inmóviles, bajo la lluvia de plata que las transforma en imágenes de alabastro; sus ojos vagan perdidos en lo azul, sus labios se mueven sin hablar, como esbozando una oración.

—¡Soñar!—continúa Alberto.—Soñar con los ojos abiertos, mirando hacia arriba, escuchando las voces de esta soledad, que vienen y van por el espacio. ¿Nunca soñó así, Julia?

—De no soñar ¿cuál fuera mi existencia en la aldea? Con sueños está hecha la poca felicidad que en ella disfruté. ¿Cómo no soñar en esta cárcel? Cada hora de ensueño es una hora menos de esclavitud.

—Soñemos juntos en la de ahora. Esta luz de leyenda predispone a los ensoñares.

—¿Para qué soñar?... ¿En qué soñar?—repite Julia poniendo los ojos en el astro.

—¿Para qué soñar?... Para eso, Para soñar. ¿No es ello bastante? ¿En qué soñar?... En lo que es alma de la vida. En lo que en este momento flota invisible sobre nosotros. En el amor. ¿Quiere usted que soñemos con él?

—¡El amor!...

Los ojos de Julia van desde el cielo a Alberto; pronto los quita de los de él, pronto los dirige nuevamente al espacio, mientras sus labios repiten con tono vago de misterio:

—¡El amor!...

—Sí—responde Alberto.—Un amor grande, poderoso, capaz de fundir

para siempre a dos seres en una sola vibración. Un amor, donde las criaturas se amen por la dicha de amar, dándose al amor, absolutas, completas, para que el amor las empuje y las lleve donde quiera llevarlas. ¿Qué importa el dónde, si los amantes llegan juntos? Amar por el amor, consagrándose a él como los sacerdotes a su Dios, seguros de su fe, sin asustarse del martirio. ¿No es este el amor?... ¿No es así como usted lo vió siempre, siempre, en las imaginaciones de sus sueños?

—Así lo he visto. Así lo comprendo; así lo sentiría, así; dándome al amado por siempre, para siempre, sin otra ambición que la de ser siempre ¡siempre! adorada por él; sin otro porvenir que el suyo, sea éste cual sea y llévenos donde nos lleve. También sé yo amar por el amor de amar. Sólo que, acaso lo que es en usted sobra de fantasía, es, en mí sobra de corazón. ¡Ah! mis sueños!—prosigue, perdiéndose más y más con los ojos por los azules de la atmósfera.—¡Mis sueños!.. Con ellos

vagué solitaria por estos prados melancólicos, por esta playa, donde rompen las olas. Por ellos iba ansiosa, trémula, palpitante, acudiendo a la cita de no sé quien, que me aguardaba no sé donde.

—¿Quiere usted—dice Alberto con voz sincera y conmovida,—que hagamos el ensueño realidad?

—¡Alberto!...

—¿Quiere usted que lo sigamos juntos?

—¿Seguirlo?

—Hasta donde él nos lleve.

—¿Dónde nos llevará?

—A la ventura.

—O al dolor.

Es la pausa que sigue, interrogación muda, que se hacen uno y otro cada uno de por sí; sonda que echan hacia el futuro, hueco solemne de sus almas, que la luna contempla tras los cendales de una nube, para que sean mayores el misterio y el recogimiento de aquellos dos seres encarados con lo desconocido.

Güiro sale del fondín y se dirige hacia su barca, haciendo un gesto.

De ellos desvía los mirares y los pone en el montecillo que une la aldea con la playa. Por él avanza una figura de mujer. Va ella agrandándose poco, adquiriendo precisión de contorno y de línea. *La Cantora* es.

—Temblando vine de que me pudieran seguir—dícele a Güiro la muchacha.—Pero tuve suerte; no me siguen.

—En cambio a mí no me dejaron—refunfuña Güiro señalando a la pareja de las rocas.—Esos dos y otros que hay tras de los peñotes empañáronse en aguararnos la fiesta.

—¡Miren!... ¿A qué vinieron?

—Por la cuenta a lo que nosotros. A decirse quererres.

—Con los sus quererres nos estorbaban.

—Con los nuestros estorbámosles también nosotros.

—Eso sí.

Una nube que momentos antes ha empezado a cubrir la luna, la oculta por completo, dejando la playa en tinieblas.

—¿Verdad que me quieres?—pregunta Güiro.

—¿Pregúntaslo y estoy aquí? — responde la muchacha.

—Grandona es la playa, mozuca. Deja a esos; y vamos nosotros playa adelante.

Güiro empuja a *la Cantora* por el hombro, y la lleva hacia las peñas que trepan hacia el monte y al bosquecillo se encaminan. Juntos, muy juntos van. El brazo del hombre rodea la cintura de la mujer.

En el hombro de él se apoya ella. Despacio van; con amorosa lentitud.

—Es una pareja de amantes—murmura Julia. — Cogidos por la cintura...

—El amor les lleva—dice Alberto. —¡Es tan hermoso amar!

Como respondiendo a esta frase, suenan, tras las peñas, los dulces acordes de un violín. La amorosa de Beethoven sube al cielo en estrofas acariciadoras, en himno nupcial. Acompañamiento del himno con los ecos del oleaje al romper en la playa; los suspiros que mete la brisa pos las junturas de las peñas; los be-

sos que fingen las hierbas de los prados moviéndose con sensual languidez.

La voz de Enrique suena como una invocación.

—Oh divino maestro—reza el músico—¡qué bien habla amor en tus notas!

Güiro y *la Cantora* se pierden en el bosquecillo. Julia deja caer su cabeza en el hombro de Alberto. La voz de Beethoven vibra triunfadora bajo el rayo blanco de la luna.





UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO XII

NO fué aquel beso único que se dieron los jóvenes, prólogo de idilios venturosos.

Algunos días pasaron entregados al dulce sueño de adorarse, de repetir el "Te amo" eterno en todos los tonos; con las palabras unas veces, con el mirar de sus ojos otras; muchas con el apretar de sus manos.

Pero la realidad vino; y hubo que afrontar el problema ofrecido a la conciencia y al corazón de Julia por aquel artista, absolutamente desligado de todos los convencionalismos, leyes y costumbres porque

hoy se rigen las entregas de hombre a mujer, respetadas en sociedad.

Alberto fué claro, leal. Ni apeló al engaño para lograr la posesión de Julia; ni buscó subterfugios que prolongaran la situación.

—Como hablé aquella noche—dijo te un día a Julia—te voy a hablar en este momento. Te amo con toda la firmeza, con todo el respeto con que puede amar el hombre mejor a la mujer de quien pide, ante los padres suyos, primero, ante un cura o un juez, más tarde, el título de esposa. Esto, sí, no debes dudarlo.

—No lo dudo, Alberto. Porque no lo dudo, te oigo.

—Pero yo que te amo tan profunda, tan respetuosamente, soy por mi convicción, por determinaciones invencibles de mi albedrío, opuesto a cuantas fórmulas imperan en las sociedades actuales para regularizar las uniones de dos criaturas que se aman.

—¡Alberto!...

—Así soy. Así debo manifestarme en presencia tuya. Disimularlo fue-

ra cobardía por lo que a mí toca; traición por lo que se refiere a ti. Compañeros en la existencia; pero compañeros libres, sin otros lazos ni obligaciones que los que el deber y el amor nos impongan. Eso quiero yo que seamos nosotros. Eso es lo que vengo a ofrecerte. No exijo tu inmediata contestación. Piénsalo y responde cuando quieras. Es mi dicha la que va en la respuesta. Tú eres quién debe decidir.

No fué duda de la honradez y la nobleza de aquel hombre; no fué tampoco repugnancia esencial de su espíritu; fué la herencia de siglos que ponía sobre sus hombros una ley moral, quien provocó en Julia la renuncia del amor de Alberto.

Renuncia era; que tratándose de hombre como él, hablarle de concesiones en lo que se refería a la religión de su espíritu sería inferirle un ultraje.

Y fué un momento doloroso en que ella reconoció su debilidad para afrontar la lucha con el mundo, con su hermana, con su madre, con

todos; y fué un instante horrible para él, que se alejó con el alma rota en pedazos.

Y desde aquel día fueron todos de tristeza para Julia y Alberto. La intimidad que los aproximaba trocóse en esquivez huraña. Huían de encontrarse a solas. Veíanse de tarde en tarde. Casi extraños parecían el uno al otro.

Alberto daba prisa a la terminación de su cuadro; apenas se separaba de él.

Julia pasaba las horas encerrada en la habitación presidida por el retrato del poeta muerto. Con sus ojos clavados en los de él lloraba silenciosamente.

Veía por entre sus lágrimas, como por cristales empañados, el triste porvenir; su enterramiento definitivo en aquella aldea; su aislamiento total y trabajando junto a la madre vieja, viéndola morir poco a poco y viendo por toda esperanza, después de aquella muerte, su juventud perdida y la miseria coronando de espigas su cabellera entrecana que no

había coronado el amor con flores de su simbólico jardín.

Y llegaron, en aquellos últimos de Septiembre, los tristes días montañeses, los anticipos del invierno monótono.

Anchas nubes bajaron del cielo para cubrir los altos picos de la sierra; comenzaron las hojas a amarillear en los árboles; el vendabal a rugir en el espacio sus canciones de muerte; el mar a hincharse amenazador. la barra fué montón de espuma. La Peña mayor animalote en pelea, vomitaba por sus fauces babas asesinas.

Plomo el cielo; ceniza el Océano; los caminos arroyos; los prados fangales; las calles empavimentadas con charcos; la lluvia cayendo, tenaz, incansable, desde las altas nubes.

¡Tac... ¡tac!... ¡tac!... A todas horas la canción monótona del agua. ¡Tac!... ¡tac!... ¡tac!... Y los zuecos acompañando la canción, y las figuras humanas cruzando por las calles y por los campos como fantasmas hechos con girones de niebla.

Así una hora y otra, una y otra semana, uno y otro mes. Así viviría ella, sin amigas, sin amores, sin nada más que el recuerdo de una dicha que llamó a su puerta y se alejó sollozando porque ella no la quiso abrir.

Supo, no porque ellos se lo dijeran, porque alguien trajo la noticia, que Alberto reclamado por su cargo oficial en Roma, en la Academia de Bellas Artes, y Enrique por su campaña europea de invierno, debían partir pronto; y supo que un amigo de ellos, hombre rico y aficionado a las artes, venía a buscarlos desde Bilbao en un yate de su propiedad.

—¿Te vas?—preguntó Julia a Alberto una tarde, al paso, empleando el “tu”, ya no usado por ellos. —¿Te vas?

—¿Qué he de hacer?—respondióle Alberto.

—Lo que haces. ¿Y... cuándo es la marcha?

—Aún no lo sé de fijo. Todavía no llegó el barco. ¡Todavía...

Fué aquel “todavía” como una es-

peranza: fué la mirada de ella como una esperanza también. Nada más. El siguió su camino pálido, con cara de muerto.

Ella entró en su casa y rompió en lágrimas junto al retrato de su padre.

...

La lluvia golpeaba contra los cristales del balcón; los zuecos montañeses iban y venían por los charcos.





UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO XIII

YA llovió firme esta mañana — dice a Gundemaro doña Mercedes, que platica con él, bajo el toldo verde de la parra.

—El vendabal sopló de recio. Milagro será que a la noche no vuelva con más fuerza.

—Si el vendabal torna, mal viajan a llevar esos señores.

—A la madrugada se van—murmura Dolores, que deshoja silenciosamente una flor.

—Muchas horas llevaré de sueño cuando zarpe el vapor. ¡Qué remedio! Hay que achicar las noches.

De veras siento que se vayan. Me recuerdan al padre tuyo. El también era artista; él también soñaba como ellos.

—¡Pobre padre mío!... ¡Pobres de nosotras!

Dolores vuelve la cabeza al lado opuesto de su madre, para que no vea ésta las lágrimas que saltan de sus ojos.

—¿Y Pepe? — pregunta Mercedes al arqueólogo.

—Aquí vendrá con Alberto y Enrique. Despidiéndose del alcalde quedaron. No deben tardar mucho. Mejor dicho, nada, porque aquí los tienen ustedes.

—De despedida—dice doña Mercedes saludando a Alberto y Enrique.

—Sí—responde Enrique, mientras Alberto pasea silencioso y abstraído por el fondo del huertecillo.—Y corta ha de ser la visita. Cuando las despedidas—agrega—son dolorosas, no deben prolongarse.

Los ojos de Enrique buscan los de Dolores que no se alzan del suelo.

—De todos modos — dice doña

Mercedes,—se van ustedes sin decirle adiós a Julia...

—Eso, de ningún modo.

—Pues siéntense; voy a llamarla. ¡Julia!... ¡Julia!...

Y doña Mercedes entra en la casa repitiendo el nombre de su hija.

Hay un silencio que nadie se apresura a romper. Una gran tristeza flota en el ambiente y palpita en el rostro de la criaturas reunidas en aquel rincón montañés.

—En racimos hierva la parra,—dice Pepe que alzó los ojos a los pámpanos.—Tráete una silla, Gundemaro. Robaremos a mi tía unas miajas.

—Coged los que queráis—responde Dolores, ofreciendo una silla a Pepe y quedándose junto a él.

Enrique la mira. ¿A qué hablar? Alberto sigue paseando por el fondo del huertecillo. Pepe corta con los dedos racimos que va entregando a Gundemaro. Uno de ellos se agarra briosamente a la rama, negándose a separarse de ella.

—¡Como se resiste el racimo!—dice Pepe forcejeando.

—¡Y cómo cruje el tallo al desgarrarse del parral!—suspira Dolores a tiempo que su madre y su hermana transponen la puerta y llegan al jardín.

Julia está pálida. En sus pupilas brillan resplandores de angustia; negras ojeras bordean sus párpados; su pecho va y viene perezoso.

—Trabajo me costó dar con ella—dice doña Mercedes.—En el último rincón estaba metida.

—¿Por qué tan oculta?—pregunta Gundemaro.

—¡Qué sé yo!... Ganas de estar sola... ¿Conque el adiós último?...—murmura dirigiéndose a todos, pero clavando su mirar en Alberto.

—¡El último!...—responde éste como un eco de angustia.

Y de pronto, luego de un minuto en que pasa toda una vida por su rostro, Julia, aprovechando la distracción de los demás, se dirige hacia Alberto, y exclama:

—¡No quiero que te vayas!... Vuelve. Cuando mi madre se recoja, estaré junto a aquella puerta.



CAPITULO XIV

DEUE allí, bajo el centenario nogal que apretaba sus ramas para resguardarlos de la lluvia, donde la condujo, casi en brazos, desde la puerta del jardín. Sobre el banco de piedra se dejaron caer, silenciosos, meditabundos, mirándose en la obscuridad.

La lluvia caía a menudo, persistente como una cortina de hielo, el viento la empujaba contra hojas y cristales y hierbas. La negrura era grande; absoluto el silencio; pavorosa la soledad.

Fué Julia quien habló; resumiendo